

LA ENSEÑANZA DE LA LENGUA NACIONAL

EN LAS ESCUELAS DE FRANCIA Y BÉLGICA

POR R. VILAR

Realmente es bien poco eficaz lo que entre nosotros se hace en las escuelas con relación á la enseñanza de la lengua nacional. Métodos que ya en todas partes han sido retirados por arcaicos, y más que por arcaicos por absurdos, gozan aún en nuestras escuelas de gran predicamento. Afortunadamente en la adquisición de la lengua hay mucho de espontáneo y de ocasional, y la constante y necesaria práctica contribuye á su adquisición, á su corrección y perfeccionamiento. ¿Qué se hace en la generalidad de las escuelas? Separación irracional de estudios tan íntimamente enlazados como la lectura y la escritura, carteles murales, *cartillas* y *catones* que son el tormento de la infancia, muestras absurdas y el suplicio del papel pautado para iniciar á escribir, poca conversación, poca reflexión, muy poco trabajo personal del alumno, y como remate de obra tan funesta, abuso de la gramática, que tal como se enseña es un nuevo tormento para los niños, sin que su estudio mejore un adarme el conocimiento de la lengua propia. Así se confunde la lengua con la gramática y estúdiase ésta á expensas de la primera, sin que nobles esfuerzos, ni prudentes avisos, ni ardorosas protestas hayan logrado encauzar este estudio en sentido más lógico y conformes con la realidad.

Lo que hemos visto.—Según nuestro modesto criterio, los puntos esenciales que debe abarcar la enseñanza de la lengua

son los siguientes: 1.º Conversación. 2.º Escritura y Lectura. 3.º Gramática. Ejercicios complementarios: redacciones (composición), intercambio, recitación, declamación, etc.

Conversación.—Dase gran importancia á este elemento de la enseñanza de la lengua en las escuelas francesas y belgas. En las escuelas maternas su empleo es casi exclusivo. Los pequeños gustan mucho de las cortas narraciones, de los cuentecitos y fábulas si se les sabe dar sabor infantil. Las lecciones de cosas son un venero inagotable de interesantes y amenas conversaciones. En ellas se debe procurar que el niño venza la natural timidez de hablar ante los mayores, formar y enriquecer su léxico, destrabar su lengua, corregir los defectos de lenguaje (de pronunciación y articulación) y dar valor á los términos y expresiones que el niño no comprenda. Muchas de sus expresiones son además incompletas, incorrectas ó vulgares, salvo en el caso afortunado de que en su casa tenga excelentes modelos. En este concepto, la escuela debe continuar ó corregir, en su caso, la enseñanza materna, haciendo obra reflexiva, vigilante y depuradora para que la lengua del niño siga sin contratiempo su natural desarrollo y perfeccionamiento.

Presenciamos en las escuelas maternas interesantes conversaciones, basadas casi siempre en el desarrollo de una *lección de cosas*. La maestra, sonriente y cariñosa, está ante sus pequeños y les presenta un objeto (ó su diseño dibujado en el encerado). Todos quieren hablar á la vez, lo que produce cierta pintoresca y simpática algarabía; pero se impone el orden y el silencio, y uno de ellos va refiriendo lo que tiene á la vista, lo que hay en la estampa, seres vivos, personas, animales, flores y objetos familiares, ó bien refiere las acciones ó una pequeña historieta fácil de interpretar. La maestra estimula la palabra, corrige los términos ó las frases que lo exijan, aunque á veces se le adelantán las risas de los pequeños ante una palabra ó frase mal enunciada. Es frecuente el empleo de términos vulgares que la maestra va sustituyendo por otras más nobles, y se inician ya sencillas metáforas que sirven á veces para explicar un término diff-

cil de comprender. Otras veces la maestra dibuja en el encera-do una sencilla historieta, y los niños se complacen en refe-rirla.

La conversación, para que sea eficaz, exige confianza por parte del niño, la cual nace del afecto y del trato diario. El niño aparece entonces como es, ingenuo y comunicativo, mostrán-donos su almita delicada en cada expresión. Y su verbosidad es tan grande, que suele constituir la pesadilla de los que no aciertan á comprenderla. La conversación, además, es un excitante del es-píritu, pues despierta la atención, aviva la curiosidad y tiene en constante vigilancia los sentidos de la vista y del oído, para no perder detalle cuando el asunto se sabe presentar de un modo interesante y sugestivo. De intento suele la maestra introducir palabras *nuevas* en la conversación. Esto produce en la animada asamblea un pequeño trastorno: unos se callan, otros preguntan, excitada su curiosidad. Entonces es oportuna la explicación del término, cuyo valor será difícil que se olvide para lo sucesivo.

«Para mantener despierto el interés en la conversación—he-mos dicho en otra parte,—hay que saberla *amenizar*, animándola con detalles interesantes, con observaciones oportunas, con rasgos brillantes, con nuevas perspectivas, con sorprendentes é inesperados puntos de vista. Hay que dar con el *relámpago* de curiosidad que puede extraerse del fondo de todos los asuntos, hasta los más triviales.»

Los temas que generalmente se eligen para estas conversacio-nes son muy variados y verdaderamente infantiles. Se sacan de los incidentes de la vida común, de un episodio de la vida esco-lar, de un suceso de actualidad, de lo que los niños han visto al ir á la escuela, de lo que representa una estampa, una lámina, el grabado de un libro, etc. Una maestra, por ejemplo, toma de un armario un pequeño gramófono, un lindo juguete desmontable, que los pequeños pueden imitar con el auxilio de los *dones* Froë-bel. Se entabla una conversación interesante con tal motivo, la cual termina con un gracioso canto, en que los pequeños reme-dan la voz gangosa del popular aparato. Vemos en otra parte

historietas muy interesantes dibujadas por las maestras, formando lindas colecciones, que son el encanto de los niños.

En los grados superiores de la escuela observamos que la conversación pierde terreno, y aunque las lecciones son interesantes, la personalidad del alumno pasa á un segundo plano, en relación á la palabra y á la influencia del maestro. En general, es el maestro quien habla y el discípulo quien escucha. La voz del maestro llena casi toda la lección, lo mismo cuando *explica* (lo que es demasiado frecuente) que cuando pregunta. Aquí la verbosidad tan natural del niño ha desaparecido, creemos que bajo el peso de la constante preocupación por la doctrina, por la materia de la lección. El niño contesta abusando mucho del monosílabo, del *sí* y del *no*, del ejemplo aislado, de la frase truncada y balbuciente. Diríase que tiene miedo á contestar mal, á mostrar su ignorancia ante sus compañeros, ó que un excesivo respeto á sus maestros le mata en flor la frase que iba á brotar de sus labios. Y esto no debe ser. El niño debe hablar con entera libertad, lo mismo cuando acierta, que cuando se equivoca; debe ser siempre sincero y reflejar en sus palabras todo su pensamiento. Y, sobre todo, que no hable nunca bajo la influencia del temor, de una desconfianza injustificada. ¿Será por esto por lo que los niños franceses se expresan con más orden, con más claridad y hasta con mayor espontaneidad cuando escriben que cuando hablan? El abuso de la palabra del maestro tiene una pequeña ventaja: la de que el niño escucha constantemente un buen modelo; pero tiene también un grave inconveniente: el de reducir al niño al simple papel de receptor (de doctrina y de palabra); y el organismo del lenguaje se nutre tanto de *lo que se dice y cómo se dice*, como de lo que se escucha. Claro es que hemos encontrado maestros cuidadosos de estimular la palabra del niño, que en la clase acomodaban su papel á ser inteligentes y severos guías del lenguaje infantil; pero éstos son la excepción, y aquéllos la regla. Citemos aquí con encomio la inteligente y revolucionaria labor del ilustre Dr. Decroly, que en este punto, como en tantos otros aspectos de la escuela, ha iniciado procedi-

mientos merecedores por lo menos del más detenido é imparcial examen. Declárase, desde luego, este ilustre pedagogo contrario á la escuela actual verbalista y teórica, escuela de *perroquets*, como gráficamente la califica. La formación de la lengua debe seguir la evolución del espíritu del niño. El término debe ser la exteriorización del conocimiento real de la cosa; el lenguaje debe poner la etiqueta á la sensación. He aquí el proceso natural en la formación del lenguaje: 1.º, observación; 2.º, medida (comparación); 3.º, asociación (de sensaciones é ideas); 4.º, ejercicio de palabra. Con la base del vocabulario (lo más extenso y exacto que sea posible) ir formando la terminología, que da el conocimiento sistematizado. En su interesante escuela, los niños gozan de una absoluta libertad para preguntar al maestro ó á sus compañeros, lo mismo que para exteriorizar sus ideas ó sus impresiones. Pero no se crea que aquellas clases son una Babel, que esta libertad estimula la verborrea infantil, convirtiendo á los escolares en insoportables parlanchines; por el contrario, todos ellos revelan una gran prudencia y mesura en el hablar, y un verdadero y exquisito tacto en el modo de presentar las cuestiones. Cuando se encarga á un alumno un trabajo, si éste se expone de palabra, los demás compañeros del exponente le siguen atentos y corrigen los defectos de lenguaje, y cuando es por escrito, después que el niño ha escrito sus impresiones, se reúne el *pequeño* Comité de correcciones para aprobarlo ó corregirlo, publicándose luego en un lindo periodiquito de la casa, titulado *L'Echo de l'École*.

Escritura y lectura simultáneas.—En todas partes se ve ya completamente abandonado el absurdo sistema de enseñar separadamente dos cosas tan íntimamente unidas como son la escritura y la lectura. En todas partes... menos en España, en cuyas escuelas es aún lo corriente someter al niño á un doble suplicio: el de los *carteles* y *cartillas*, para la lectura; el de los *caídos* y *muestras*, para la escritura. En ambos casos, el atonismo estúpido: conocer primero las letras, el alfabeto, después formar sílabas, luego palabras...; trazar primero *palotes*, después *ganchos*,

y *eles* y *efes*, dentro de un laberinto inextricable, entre cuyas mallas mueren la buena voluntad y la paciencia infantiles. Apartemos avergonzados y doloridos nuestra mirada de esta visión dantesca (el niño clavado en la mesa horas, y días, y meses... dibujando signos que para él no tienen ningún valor), y veamos otros métodos más racionales y más conformes con los gustos y las aptitudes infantiles.

Con satisfacción observamos en las escuelas visitadas que el niño se inicia antes en el dibujo que en la escritura. Las clases tienen el zócalo de pizarra artificial, y ante estos encerados pasan los pequeñuelos gratamente el tiempo, dibujando libremente cuanto se les antoja: monigotes, perros, caballos, autos, aeroplanos... No se pretende con ello formar pequeños artistas, sino concentrar la dispersa actividad del niño, domar la mano fijando el intercadente pulso, y educar el ojo para las proporciones y la forma. Conseguido ya este objeto, se pasa al conocimiento de las letras, no por orden alfabético, sino por el de su mayor sencillez en el trazado; *pero siempre formando parte de una palabra*. He aquí cómo se procede. Se pretende, por ejemplo, enseñar la *r* (que no se llamará *erre*, sino *re*, ni *efe*, sino *fe*). Los niños tienen á la vista objetos reales ó pintados, cuyo nombre empiece por *r*: rueda, ramo, roca, etc. El maestro pronuncia con fuerza: *rrrueda*, y al mismo tiempo verifica con la mano la acción de girar; *rrramo*, y entonces muestra un ramo de flores. De este modo la impresión es más profunda y duradera, y es difícil que se olvide el nombre de la letra. Se escriben estas palabras en el encerado trazando una raya por debajo de la letra que se pretende conocer, y se ponen ejemplos, de palabra y escritos, para que los niños sepan encontrar el signo en las palabras. Y lo mismo con las demás letras. Así descomponen la palabra en sílabas y las sílabas en letras. El Dr. Decroly debuta por la frase para bajar á la palabra, á la sílaba, y por último á la letra. Como al mismo tiempo los niños van trazando las letras y escribiendo las palabras en sus cuadernos ó pizarritas, claro es que es un hecho la lectura por la escritura.

Primeras lecturas.—No creemos necesario el libro durante los primeros pasos en la lectura; antes nos parece inútil y hasta perjudicial, mientras el niño no esté en condiciones de comprenderlo. Creemos de absoluta necesidad, por ser muy natural, el que los niños conozcan y sepan trazar los caracteres manuscritos, venciendo de este modo el mecanismo y las primeras dificultades de la lectura. El conocimiento de los caracteres impresos es luego cuestión de unos días. El manejo de *imprentitas*, interesante juguete que tanto aprecian los niños, es un recurso soberano en estos principios. Sin embargo, los maestros franceses y belgas parecen desdeñarlo, pues no hemos tenido ocasión de verlo empleado en las escuelas. En cambio ponen desde el primer momento el libro en manos de los niños, con lo que suprimen el efecto de uno de los momentos más solemnes y decisivos de la vida escolar, el de *la entrega del primer libro*. El primer libro tiene el prestigio de los grandes acontecimientos en la vida del hombre: señala el momento en que el niño entra en la comunidad de los seres inteligentes, incorporándose al noble ejército de la cultura. El primer libro es el primer amigo intelectual del niño y debemos prepararlo para que lo reciba dignamente entre sus brazos. Por eso hay que procurar que entre el niño y el libro se creen lazos de franca, afectuosa, íntima y perdurable confraternidad, para lo que deben exigirse estas condiciones primordiales: 1.^a, que el libro merezca (por su bondad) la amistad del niño; 2.^a, que el niño esté en disposición de comprenderlo.

Las primeras lecturas se hacen con libros propios de la primera edad: asuntos fáciles, familiares, interesantes y sugestivos, profusamente ilustrados, con bellas escenas de la vida real; lenguaje sencillo, pero selecto, frases cortas y cortos períodos; caracteres grandes y limpios. Empieza la clase leyendo el maestro unos párrafos, despacio, con buena entonación y haciendo notar las pequeñas pausas (las comas), y las pausas mayores (los puntos); luego leen todos á la vez en voz alta, el maestro los acompaña y golpeando con una varita sobre la mesa les advierte las pausas. Si la lectura sale mal se repite varias veces. Termina la clase le-

yendo los niños individualmente un parrafito cada uno, y explicando el maestro las palabras nuevas que se han encontrado en la lectura. Parece que con la lectura colectiva se busca vencer la timidez del niño en los comienzos, haciendo que se habitúe á ver de un golpe toda la palabra y la pronuncie sin titubeos ni vacilaciones. No debe prolongarse mucho, sin embargo, este ejercicio, por el peligro de que los niños hagan una lectura mecánica. Nosotros lo hemos visto practicar, no obstante, hasta en los grados superiores, en las escuelas francesas, so pretexto de cierta economía de tiempo. Alternan, con estas primeras lecturas, sencillas recitaciones, muchas de ellas con su mímica correspondiente, las cuales resultan muy animadas y graciosas.

El aprendizaje de la escritura.—Con el conocimiento de las letras alterna su escritura en el encerado y en el papel. Los niños empiezan á escribir palabras desde el primer momento y muy pronto frases sencillas en que entran las palabras conocidas. Se hacen ligerós dictados ó se copia lo que el maestro va escribiendo en el encerado. Estos ejercicios alternan con otros de carácter caligráfico. El maestro escribe en el encerado nombres ó frases con grandes y bellos caracteres, dando al propio tiempo idea del ligado, de la distancia, proporción, etc. Empléase indistintamente la letra vertical y la inclinada, siendo muy corriente en ambos países una bella cursiva inglesa, además de la redondilla francesa. Altérnase ya, en estos principios, la lectura con sencillos dibujos á pluma, que son como las ilustraciones de los trabajitos escritos de los niños. También hemos visto en algunas escuelas cuadernos con breves historietas, primero dibujadas y luego explicadas y comentadas por escrito, con el sencillo y característico lenguaje infantil.

Lectura y escritura corrientes.—He aquí la forma más frecuente de dar la clase de lectura cuando el niño ya ha vencido las primeras dificultades, las que pudiéramos llamar materiales, es decir, cuando el niño *se suelta á leer*.

Antes de comenzar la lectura se escriben en el encerado las palabras de significación algo obscura ó que son nuevas para los

niños. A veces se escriben también sus contrarias (orgullo-modestia, valor-cobardía, etc.), ó se las explica por ciertas perífrasis y sencillas metáforas. En seguida se procede á dejar bien determinada la significación de dichos vocablos, para que la lectura no sufra interrupción. Se pasa luego á la explicación del grabado, que generalmente acompaña á la lección. Este ejercicio es muy interesante como lección de cosas y de él suelen los maestros sacar muy buen partido. A continuación empieza la lectura. El maestro lee algunos párrafos, poniendo gran cuidado en ello, y los niños le siguen atentamente. Nada de interrupciones ni comentarios. Luego van leyendo los niños por turno; cada uno un corto párrafo, que se analiza y comenta hasta que esté bien comprendido. Después un niño hace el resumen de lo leído. Este resumen suele también encargarse á toda la clase como *deber* escrito. La discusión de cada párrafo suele ser muy interesante; el maestro hace que los niños expresen el mismo pensamiento con otras palabras, empleándolas en distinto orden con más ó menos términos; den á la frase la forma interrogativa, admirativa, dubitativa, etc.; busquen otros términos equivalentes, elijan el más propio para expresar la idea, etc., etc., homónimos y sinónimos, familias de palabras, etc. Suele terminar la clase con breves ejercicios de gramática (señalar los nombres, los adjetivos, etc.; decir si está en singular ó en plural, poner la frase en plural ó viceversa, completar una frase añadiéndole el sujeto ó los complementos, etc., etc.).

La escritura es, en esta segunda fase de la enseñanza de la lengua, un ejercicio frecuente en las escuelas, pues colabora á la enseñanza de casi todas las demás materias. Por eso á la antigua importancia concedida á los libros de texto, á los odiosos *manuales*, encarnación de un rutinarismo memorista, ha sucedido el gran predicamento de que hoy gozan los cuadernos, en que los niños van resumiendo y ordenando toda su labor escolar. Hasta tal punto, que los Inspectores y técnicos que visitan estas escuelas no necesitan sino echar mano de estos cuadernos, expresión viva y palpitante del trabajo real y positivo, para conocer la la-

bor del maestro y los adelantos de la escuela. Los maestros franceses y belgas han sabido reconocer todo el valor de estos trabajos y han logrado inculcar en sus alumnos un alto respeto y consideración hacia el *cuaderno*, en el que se admira una limpieza escrupulosa, un orden, una solicitud y un cuidado verdaderamente encantadores. Se ve que el niño los ama como algo personal, como productos de su esfuerzo, de su voluntad y de su perseverancia, y todos rivalizan por que sus cuadernos merezcan los entusiastas elogios de los visitantes.

Hay cuadernos de escritura al dictado, otros en que se resumen las lecciones diarias, otros llamados de *roulement* (en los que colaboran todos los niños de la clase) y otros dedicados á formar propiamente la lengua y el estilo con los ejercicios llamados de *composición* francesa. Todos ellos suelen ir profusamente ilustrados con preciosos dibujos ejecutados por los propios niños. Al margen van las correcciones hechas por el maestro con tinta encarnada y la calificación que ha merecido el trabajo. Á todo ejercicio de composición preceden los consejos oportunos, los datos necesarios y el plan del trabajo. Como muestra del espíritu que informa estos ejercicios, á los que los franceses conceden capital importancia, traducimos á continuación uno de ellos tomado al azar del cuaderno de una niña de diez años:

«Composición francesa.

- 1.º Emplead el nombre propio exacto.
Evitad las repeticiones.
- 2.º Construid frases cortas.
Colocad las comas y los puntos.

Descripción de un animal.

Cuando tengáis que describir un ser animado, observad atentamente las cualidades particulares que le distinguen de otros seres semejantes: dimensiones, forma, colores; estudiad sobre todo de cerca sus actos, sus actitudes ordinarias, su fisonomía.

Descripción de un gorrión de París.

PLAN

1.º El gorrión es de forma de huso, de color gris oscuro.

2.º Tiene el tamaño del puño de un niño.

La cola un poco larga, la cabeza ornada con dos ojos brillantes y un pico agudo. Las patas cortas y finas, alas grises.

3.º Atrevido y alegre, su nido es poco elegante.

Desarrollo.

Cuando llega el mes de Mayo con sus flores y sus hermosos días, los lindos gorriones, que durante el invierno revoloteaban entre la nieve, celebran gozosos la primavera.

El gorrión es un pájaro de la forma de un huso y de color gris oscuro. Su tamaño viene á ser el del puño de un niño. Su cola, un tanto larga, es del mismo color que su cuerpo, lo mismo que sus alas. Una cabecita con dos chispeantes ojillos y un pico agudo y amarillento, forma lo más lindo de su cuerpo. Sus patas son cortas y delgadas.

El atrevido gorrión vive al abrigo de los aleros y canalones, ó en los agujeros de las paredes.

Es muy familiar y se alimenta, sobre todo, de grano que encuentra por doquier. No construye un nido gracioso y delicado como el pinzón.

El gorrión aparece siempre alegre, hasta cuando todo incita á llorar.»

Las dificultades ortográficas se van presentando y venciendo desde los primeros pasos, y no con reglas abstractas y generalmente inútiles, sino por una práctica constante y repetida, á fin de imprimir la *grafia* de las palabras, á ser posible, con caracteres fijos é indelebles en el cerebro de los alumnos. Sólo después del conocimiento de un gran número de casos particulares es cuando se da la regla que comprende á estos y á sus similares.

Correcciones.—Son frecuentes y escrupulosas, absorbiendo la primera parte de las lecciones diarias. Atiéndese en ellas, como es natural, al concepto y á la forma y á la parte ortográfica, que en francés resulta bastante laboriosa y complicada. El maestro va señalando las equivocaciones, empleando un reducido número de signos convencionales, ó pone al margen del cuaderno las observaciones que cree convenientes. Á veces son los mismos niños los encargados de corregirse mutuamente los trabajos, aunque este sistema presenta serios inconvenientes. En el momento actual se discute si será conveniente prevenir á los niños las equivocaciones posibles, ó si habrá que esperar á que caigan en ellas para corregírselas, como si dejáramos, experimentalmente.

Los libros de lectura.—En todas partes es un grave problema la elección de libros de lectura para los niños. Y no será por falta de ellos, pues si la bondad de la mercancía estuviera aquí en relación con la cantidad, la dificultad mayor estaría en la elección. Constantemente hemos escuchado los lamentos de los maestros, condenados á poner en manos de sus discípulos libros mediocres, libros sin espíritu, libros triviales y ñoños ó bien amanerados y conceptuosos, verdaderas caricaturas del sentir, del pensamiento y hasta del lenguaje infantiles. Con dolor hemos de reconocer que aún está por escribir el verdadero libro de la infancia: el libro vivo, insinuante, cariñoso, entusiasta y sincero; el libro que hable al alma infantil su propio lenguaje; el libro que gué, instruya, ría, llore, consuele y acaricie; el libro que lleve entre sus hojas las palpitaciones de la vida, el alma varonil y enérgica del hombre fuerte y las ternuras y gracias seductoras del corazón infantil. Y mientras no poseamos ese libro ideal, habrá que espigar en el campo de desolación de la literatura escolar.

Tampoco en Francia ni en Bélgica existe el libro clásico y popular, el libro que pudiéramos llamar nacional, por ser la expresión y como la cristalización de los sentimientos de un pueblo. Italia se enorgullece con su «Corazón» (de Amicis); en Alemania es eminentemente popular el inmortal poema de

Goëthe, *Herman y Dorotea*. Puede decirse que la infancia de estos dos países se inicia en la lectura descifrando las letras de estos dos libros maestros. Pero tanto en Francia como en Bélgica no se conoce un libro semejante, y los esfuerzos de los genios y de los pedagogos no han sido hasta hoy coronados por el éxito, si es que la empresa se ha intentado alguna vez. Centenares de libros han pasado por nuestras manos, y en todos ellos hemos visto palpitar un buen deseo: el de ser un colaborador inteligente y simpático del maestro; hablando al niño un lenguaje sencillo y sugestivo para interesarle en todo lo que afecta al progreso material y moral de la humanidad. Nótase una orientación más definida en los primeros libros, es decir, en los dedicados á los más pequeños discípulos, cuando se procura iniciarlos en el conocimiento de la realidad y se estimula la formación de los buenos sentimientos. La característica de estos libros es un fondo de amor y simpatía hacia todas las personas y por extensión hacia todos los seres. Sus cuadros vivos, reales, escenas de la naturaleza y de la vida familiar en que se pretenden pintar todos los anhelos y todos los dolores y alegrías infantiles, no pueden dejar de interesarnos por la emoción que despiertan en los tiernos corazones. Y lo mismo en estos primeros grados que en los superiores, siempre la nota fresca, interesante, simpática, la sana curiosidad, como hilo conductor de la actividad infantil. No se olvida tampoco el alto grado de interés que á la fábula del asunto añade la *ilustración*, presentando escenas y cosas con un realismo sugestivo que completa y aclara el conocimiento. Así la mayor parte de los libros van profusamente ilustrados con bellos cuadros que al par deleitan é instruyen á los pequeños lectores.

Acompaña al texto de estos libros de lectura, sobre todo de los franceses, una serie de ejercicios muy interesante: de reflexión, fundado en los grabados; de aplicación, de elocución, de análisis, de invención, de recapitulación, de redacción, etc. Los libros de los grados superiores se procura que sean más literarios, con ejemplos de los grandes escritores clásicos y contem-

poráneos, con el fin de que sirvan de modelo á los alumnos para depurar su gusto y formar su estilo.

La gramática.—Concédese aún gran importancia en estas escuelas á los ejercicios de gramática. Cierta es que ya pasó el tiempo de los rutinarismos gramaticales, de las reglas y las excepciones, trabajo puramente encomendado á la memoria, con ausencia de la reflexión y casi completo olvido de la práctica. Estúdiase ahora generalmente la gramática con ocasión y como complemento de la lectura; de tal modo que la mayor parte de los ejercicios que siguen á la lectura de un trozo, de una poesía, etc., son ejercicios gramaticales. El mérito, pues, de estos ejercicios está en que el niño *hace* gramática sin saberlo, sin darse cuenta, sin el tormento de un estudio árido, inútil y fastidioso.

Pero este modo de enseñar materia tan poco agradable á los niños dista mucho del verdadero y único método necesario para obtener un positivo resultado en los estudios gramaticales. Ha desaparecido, es cierto, la aridez de un trabajo memorista, rutinario, puramente verbal; se huye de las reglas puramente teóricas; se analiza la frase, estudiando *en vivo* los elementos y las cualidades de la misma, pero no se hace de esta materia un estudio interesante y atractivo. Hemos visto clases de niños de siete á ocho años empeñados en resolver dificultades gramaticales cuya comprensión exige un avanzado desarrollo intelectual. Por eso su estudio es francamente desagradable á los niños, que miran esta clase como un verdadero castigo. En ellas el niño va á remolque de las explicaciones del maestro, sin poner de su parte el esfuerzo personal indispensable para que toda labor de la escuela sea fecunda. ¿Pero pueden hacerse interesantes los estudios gramaticales? Para que el niño tome afición y estudie con gusto la gramática, hay que procurar primero que ésta ocupe el lugar que en buena lógica le corresponde dentro del estudio de la lengua; después hay que hacer un estudio racional, experimental de la lengua, para que el niño deduzca por su experiencia propia las leyes á que está sujeto su idioma, sin cuyo requi-

sito toda labor gramatical será desagradable y oscura. La gramática es la ciencia de las frases, la razón suprema del bien hablar. Estudia las palabras en sí, en su estructura y combinación en la frase, con independencia de las cosas, los hechos ó las ideas de que son expresión. Por eso su estudio exige un buen desarrollo intelectual y un buen número de nociones lógicas sobre las ideas individuales y generales, sobre lo concreto y lo abstracto, sobre la esencia, cualidades y accidentes, sobre la dependencia y subordinación, etc., ideas que sería muy aventurado afirmar existan, al menos con el conveniente desarrollo y claridad, en los tiernos cerebros infantiles. Por eso no debemos entusiasrnos oyéndole hablar de sujetos y atributos, de géneros y conjugaciones, de partes de la oración ó de accidentes gramaticales. Es más; el niño llega á expresarse con bastante claridad, y en su expresión sigue, á veces con un rigorismo excesivo (dice *ponido*, *rompido*, por *puesto*, *roto*), las reglas que luego constituyen la gramática; mas para expresarse con relativa corrección, no necesitan saber que hay gramáticas en el mundo, sino escuchar buenos modelos y poner atención á lo que él mismo dice para notar sus propios defectos de lenguaje. Luego, cuando ya esté en disposición de hacer un trabajo reflexivo, podrá acometer seriamente el estudio de la gramática en relación íntima é inseparable á la lengua, de la cual no es más que el complemento.

Para hacer de la gramática un estudio verdaderamente útil, es preciso considerar la lengua como lo que es, como un organismo viviente sometido á leyes de progreso y decadencia, y cuyo estado actual concreta una de las fases importantes de su evolución. Hay que estudiar la gramática haciendo una especie de resurrección histórica de la lengua para recorrer las principales etapas por que ha pasado, reconstitución muy necesaria para comprender ciertos fenómenos lingüísticos. Y aún convendría poder comparar nuestra lengua, tan organizada y de estructura tan perfecta, con otras lenguas que reproducen inferiores tipos, con lo que muchas dificultades gramaticales quedarían na-

tural y sencillamente explicadas. La evolución de algunas palabras (vuestra merced = usted, fermosura = hermosura, etc.); la formación de los tiempos de los verbos (amaremos = amar habemos = hemos de amar); el análisis de las mismas formas verbales para distinguir sus elementos formativos (raíz y signos de relación); la composición y la derivación de las voces; las familias de palabras; el papel importantísimo de los afijos, con la significación, por ejemplo, tan característica de ciertas terminaciones (*oso* = abundante, *ino* = semejante a; *ble*, signo de adjetivo, *dad* de nombre, etc.), todo esto es de una importancia capital para el conocimiento de la lengua, y su estudio puede hacerse tan interesante que los niños se entreguen á él con verdadero entusiasmo. Pero sólo tímidos ensayos de este interesante método hemos visto practicar durante nuestra excursión, prefiriendo los maestros seguir el trillado camino de la gramática clásica, un poco remozada con los ejercicios prácticos y descargada algo también de un peso muerto con la eliminación de aquellas interminables listas de palabras que solían *ilustrar* las excepciones y de aquellas largas y embrolladas (y casi siempre falsas) definiciones de términos que casi constituían toda la gramática tradicional.

La redacción.—Conocida la gran importancia que en estas escuelas se concede al cuaderno, ya se comprenderá que deben ser muy interesantes los trabajos de redacción. En efecto, puede asegurarse que es el terreno en que triunfan los escolares franceses. En estos cuadernos se admira, á parte de la limpieza y cuidados materiales y de las ilustraciones de que ya hicimos mención, una gran claridad y un excelente orden en la exposición de las ideas, que son la característica de las composiciones francesas. En estos trabajos se observa la labor intensa de la escuela francesa, la preocupación constante que en ella existe de comunicar el mayor número posible de conocimientos, aun á riesgo de agotar al maestro y de comprometer las energías y el porvenir de la raza.

Hay un ejercicio de escritura en el que el niño pone bien poco

de su parte, limitándose á ser un eco del pensamiento ajeno: el dictado. Los franceses lo emplean con bastante frecuencia. Para nosotros tiene el grave inconveniente, cuando se cae en el abuso, de adormilar el espíritu en una pereza confiada, anulando la personalidad del niño y el espíritu de iniciativa. Preferible es que el niño recoja las ideas haciéndose en cierto modo propietario de ellas y que luego las exponga con su propio lenguaje. Este es el trabajo más frecuente de la escuela francesa y también de la belga, aplicado á los resúmenes de las lecciones. Pocas veces, en estos trabajos, se pone de relieve la personalidad del niño. Lo frecuente es que reproduzca el pensamiento ajeno, empleando hasta las mismas palabras. Pero es porque al niño no se le deja elaborar su propio pensamiento ni expresar sus propias ideas, sino las de los demás. Pocas veces en estos cuadernos hemos visto campea el lenguaje infantil, fresco, lozano, ingenuo, pintoresco, episódico y realista, producto del choque de sensaciones más que de ideas. Y es que el niño francés escribe bajo la presión abrumadora y anuladora de una cantidad enorme de conocimientos que hay que asimilar. Los maestros franceses le ponen pocas veces en el caso de expresar su pensamiento. Debiérase acostumbrar al niño desde muy temprano á pensar por su cuenta y á expresar sencilla y naturalmente su pensamiento. El escrito del niño, representación fiel de su pensar y de su sentir, no puede ser artificioso, ni forzado, ni relamido, ni conceptuoso, sino sencillo, transparente, reflejando la realidad, como las aguas de un tranquilo lago.

Ejercicios complementarios.—La recitación es un ejercicio que no falta en ninguna escuela francesa. No goza de tan gran favor entre los belgas, sin que por eso pueda decirse que se la desdeña. En Francia, los alumnos de las clases medias y superiores aprenden semanalmente una ó dos composiciones poéticas muy cortas ó sencillas y animados diálogos para recitarlos en clase. Se empieza escribiendo la composición en el encerado. Se la analiza gramatical y lógicamente, se estudian sus cualidades literarias, su forma, su estilo, etc. Luego la escriben los niños en sus

cuadernos para aprenderla, aunque casi todos la recitan ya de memoria, antes de terminar la clase. Al día siguiente, ejercicio de recitación. Con tal motivo suele recordarse algunas reglas literarias y se hace una corta biografía del autor, si es que alcanza alguna celebridad. No es raro oír recitar alguna corta poesía compuesta por los mismos niños de la clase. En este ejercicio interviene, como es natural, la memoria. Los niños estudian con gusto las cortas estrofas y las aprenden con suma facilidad.

De la recitación á la declamación no hay más que un paso. En muchas escuelas hay lindos teatritos donde periódicamente se representan pequeñas comedias de un carácter especial, verdaderamente infantil. Estas funciones escolares no están exentas de cierta poesía y encanto. Los pequeños gozan lo indecible, ya como espectadores, ya como pequeños actorcillos. Tienen también un aspecto social muy interesante. Semanalmente se organizan cultos y regocijados espectáculos para las tardes de los días festivos. A ellos deben asistir los niños *precisamente* acompañados por sus padres, como medio de atraer á las familias hacia la escuela y para desviarlas del malsano ambiente de la taberna. Y en estas fiestas de la infancia, animadas al par que sencillas, hay un poco de todo: cortas representaciones dramáticas, recitaciones, monólogos, *marionetas*, *rondas*, coros, lecturas y todo cuanto puede distraer grata y honestamente á los pequeños.

También son frecuentes las Bibliotecas populares establecidas en las escuelas y bajo la dirección de los maestros. Estas Bibliotecas se abren por la noche, dos ó tres días á la semana. Son como una prolongación de la escuela para los jóvenes que ya no pueden frecuentarla durante el día. En ellas hay abundancia de libros muy discretamente elegidos, para que puedan servir de utilidad á la juventud obrera. Con bastante frecuencia se hacen *lecturas* con relativa solemnidad, en cuyos actos personas distinguidas leen y comentan las obras clásicas más célebres y las modernas que más se acomoden á los fines de esta labor de cultura y de vulgarización.

Pluralidad de lenguas.—En Francia, y sobre todo en Bélgica,

la diversidad de lenguas ó dialectos trae un trastorno momentáneo á las escuelas, por lo que, desde un principio, se ha procurado resolver el problema en lo que tiene de pedagógico; y como á nadie se le ha ocurrido hacer de este asunto bandera de regionalismo ni siquiera arma política, el problema ha quedado resuelto, al parecer, de un modo satisfactorio. En Bélgica, por ejemplo, se hablan tres lenguas diferentes: el *francés*, que es la lengua oficial, y por lo tanto extendido por todas las regiones; el *flamenco*, que es la lengua popular de toda la región del Norte, y el *walón*, que lo es de la región del Sur. En Gante y Amberes predomina el flamenco, y en esta lengua se publican grandes periódicos rotativos; en Bruselas es el flamenco la lengua del pueblo, quedando el francés reservado á las clases media y aristocrática. Los anuncios, billetes y casi todos los documentos oficiales van redactados en las dos lenguas. Las clases humildes sienten idolatría por su lengua nativa, la dulce lengua flamenca; pero suelen conocer el francés. De modo que por este lado no hay problema. Queda solamente el aspecto pedagógico, y he aquí cómo lo ha resuelto la escuela. Todos los maestros conocen, además del francés, el flamenco (ó en su caso el walón). En las escuelas maternas, á ser posible, se hace una separación de los niños, agrupándolos según su respectiva lengua. Á los niños de lengua flamenca se les habla en esta lengua durante el primer año escolar, y desde el segundo se les va iniciando en la francesa; pero las lecciones de cosas y las conversaciones son en su lengua materna. En las escuelas elementales sólo los alumnos del primer curso necesitan el auxilio de su lengua nativa; muy pronto el francés queda victorioso, pues todos los niños lo aprenden perfectamente, dándose todas las materias en esta lengua. Como complemento del estudio del lenguaje practican más tarde el flamenco.

